

EL TESORO DE LA LIBERTAD. Estados Unidos y el Congreso por la Libertad de la Cultura durante la guerra fría.

Bozza Juan Alberto.

Cita:

Bozza Juan Alberto (2013). *EL TESORO DE LA LIBERTAD. Estados Unidos y el Congreso por la Libertad de la Cultura durante la guerra fría. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/206>

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: Mesa 24:

Título de la Mesa Temática: Incidencia de Estados Unidos de América en el mundo contemporáneo (1898-2012).

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Nigra Fabio..

TÍTULO DE LA PONENCIA

EL TESORO DE LA LIBERTAD. Estados Unidos, el Congreso por la Libertad de la Cultura y la lucha contra el *totalitarismo* durante la guerra fría.

Apellido y Nombre del/a autor/a Bozza Juan Alberto.

Pertenencia institucional Centro de Investigaciones Socio Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP.

Correo electrónico: albertobozza@speedy.com.ar

<http://interescuelashistoria.org/>

INTRODUCCION.

La ponencia describe la principal herramienta creada por Estados Unidos para la guerra fría cultural en Europa, en primer término, y en el resto del mundo posteriormente. Nos referimos al *Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC)*, fundado a mediados de 1950 para emprender una *cruzada de las ideas* contra la influencia del comunismo en el campo científico y cultural.

Presentados sus fundadores y promotores, el artículo analiza lo que creemos fue la contribución más exitosa del *CLC* al debate ideológico de las ciencias sociales de la posguerra: la proyección, por parte de sus intelectuales, del concepto de “*totalitarismo*” como término clave imputado, de manera casi exclusiva, contra el régimen soviético y las naciones subordinadas a su poder. Esta noción no fue solo el fruto de un consenso académico sobre un término de las ciencias sociales; también identificó a una convergencia de intelectuales, autocalificados “pensadores de la libertad”, *dispuestos a combatirlo en nombre de los principios e instituciones liberales de Occidente*, encarnados en el gobierno de los Estados Unidos y el de sus aliados europeos. Sobre esta la última cuestión, el artículo registra las diversas trayectorias ideológicas de los participantes en el Congreso: comunistas renegados, izquierdistas antiestalinistas variopintos, católicos y cristianos progresistas, liberales y conservadores de disímil ralea. Con una mirada más exhaustiva, discierne en esta comunidad *antitotalitaria* la cohabitación de una vertiente defensora del rol regulador del Estado y de las conquistas del *Welfare State* (cerca a los planteos socialdemócratas y laboristas) y otra de naturaleza conservadora, elitista e individualista, nutriente y precursora del futuro *neoliberalismo* de fines de los setentas. Todas las vertientes del *Congreso* confrontaron con el comunismo levantando las banderas del pluralismo político, representado por las naciones aliadas de Occidente, y de la libertad económica. Si frente a la primera cuestión, el consenso fue casi unánime, no hubo acuerdo en cuáles debieran ser las orientaciones económicas más efectivas para enfrentar al *totalitarismo colectivista* y para garantizar la estabilidad y el crecimiento de las naciones en la posguerra.

ANTECEDENTES Y ACTORES INVOLUCRADOS.

El *CLC* surgió como un producto específico de la guerra fría en una Europa remodelada por los vencedores de 1945. Fue promovido y financiado por el gobierno norteamericano para contrarrestar, como se dijo, la propagación del comunismo en el campo de las letras, artes y ciencias sociales¹.

¹ El equipo original que diseñó el programa cultural de la CIA estaba formado por agentes como Michael Josselson, Thomas Braden, Charles Bohlen, Stewart Alsop, William Bundy, John Hunt, L. De Neufville, el periodista Melvin Lasky, el crítico de arte Nicolás Nabokov, entre otros. La propia CIA admitió su carácter de mentora del Congreso, como lo confiesa su investigador Michael Warner, "Origins of the Congress for Cultural Freedom, 1949-50." *Studies in Intelligence* 38, no. 5, 1995, pp. 89-98. Para Hugh

En el marco de la tensa polarización internacional, los líderes americanos veían con preocupación al movimiento de solidaridad con la URSS que agrupaba a prestigiosos intelectuales del mundo. Un factor de perturbación fue el proselitismo del *Consejo Mundial por la Paz*, foro de artistas, científicos, poetas e intelectuales empeñado en una campaña contra el imperialismo, el racismo, la proliferación de bases militares en terceros países y por el control de la peligrosa escalada nuclear estimulada por la contienda².

Con la partición de Alemania y la Guerra de Corea de transfondo, el *CLC* fue una decisión emanada de los principales dispositivos y agentes norteamericanos de la guerra fría: la confluencia de altos oficiales de la CIA³ - sus promotores originales- , académicos, intelectuales, representantes del *big business* y de las grandes Fundaciones sostenidas por las corporaciones capitalistas más poderosas.

El primer núcleo interpelado por la *Agencia* estaba formado por intelectuales y académicos provenientes de la izquierda radicalizada anti estalinista, referenciados en el Comité Americano por la Libertad Cultural (ACCF). Fue tan promisorio la experiencia, que la CIA decidió auxiliar, también en el plano internacional, a lo que dio en llamar Izquierda no Comunista (Non Communist Left, NCL). Entre los norteamericanos se destacaron Sidney Hook, Daniel Bell, Arthur Schlesinger Jr., James Burnham, Irving Kristol, Mary McCarthy, Robert Lowell, etc. Algunos de ellos habían militado en el socialismo (y editado la revista *The New Leader*), otros fervorosamente en el trotskismo (la revista *Partisan Review*) o, directamente en el Socialist Workers Party (SWP) y sus escisiones. Figuras como Hook y Burnham apoyaron, en la década del treinta, la campaña internacional y el comité en defensa de Trotsky cuando era acusado e

Wilford, fue la necesidad de frenar la política cultural del Kominform, la que impulsó a la CIA a crear el *CLC*. *The CIA, the British left and the Cold War: calling the tune?* London, F. Cass, 2003, p.102. Para Giles Scott Smith el origen del congreso estuvo relacionado con la “toma de conciencia” de los escritores frente el emergente totalitarismo estalinista. *The Politics of Apolitical Culture*. Londres, Routledge, 2002, p. 160/164.

² Su antecedente fue el congreso por la paz desarrollado en Cracovia (Polonia) en 1948. Oficializado como World Peace Council en 1950, su primer presidente fue el eminente físico francés Frédéric Joliot-Curie; entre sus miembros figuraron Pablo Picasso, G. Luckacs, Pablo Neruda, Jorge Amado, Howard Fast, Paul Robeson, W.E.B. Dubois, Jean Paul Sartre, Diego Rivera, etc. Mikhail Suslov, *The Defence of Peace and the Struggle Against the Warmongers*, Nueva York, New Century Publishers (Cominform), 1950.

³ La Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), creada durante la Segunda Guerra Mundial, fue la antecesora de la CIA. Arthur B. Darling, *Origins of Central Intelligence*, Central Intelligence Agency, Center for the Study of Intelligence, 1993. La CIA fue fundada en la presidencia de Truman, el 26 de julio de 1947, a partir de la Ley Nacional de Seguridad. Contó con amplias atribuciones y un abultado presupuesto, que le permitió incrementar su activo con radioemisoras, revistas, periódicos, institutos de investigación, fundaciones, etc., a través de las cuales financiaba sus actividades encubiertas. La primera reconstrucción histórica de la *Agencia* (su historia oficial) fue realizada por uno de sus más importantes historiadores, Arthur B. Darling: *The Central Intelligence Agency, An Instrument of Government, to 1950*, Pennsylvania, State University Press, 1990 (1º edición 1953). Stonor Saunders Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001, p. 56 y ss. Selser Gregorio, *CIA, de Dulles a Raborn*, Bs. As. Ediciones de Política Americana, 1967.

injurioso por los tribunales estalinistas⁴. El ardid de la CIA tuvo un fuerte impacto propagandístico en la batalla ideológica contra la URSS. La causa liberal de Occidente adquiría mayor legitimación al ser asumida como propia por hombres provenientes de la izquierda, más aún cuando algunos habían desertado del comunismo. El alegato contra el comunismo resultaba más persuasivo si provenía de un *renegado*. El transformismo, no obstante, no evitaba las sospechas sobre el nuevo e intransigente credo de los conversos que, por su virulencia, en ocasiones se aproximaba al más craso oportunismo⁵.

A través del gobierno de ocupación norteamericano en Alemania, se estableció un puente o alianza ideológica anticomunista, entre intelectuales norteamericanos y alemanes. El primer nexo de la entente fue la influyente revista alemana *Der Monat* (El Mes), dirigida por otro ex izquierdista americano, el periodista Melvin Lasky. La revista fue la base promotora del *Congreso por la Libertad de la Cultura*. Berlín fue la sede de su lanzamiento, el 26 de junio de 1950. La elección no fue arbitraria. La ciudad se había constituido en el hilo rojo de la polarización ideológica y territorial de la guerra fría.

El *CLC* fue financiado con fondos del Plan Marshall. Las sumas eran transferidas a través de fundaciones que estaban asimiladas por la CIA o colaboraban con sus proyectos internacionales. La principal "tapadera" era la Fundación Fairfield, en cuyo consejo administrativo había representantes de grandes bancos, la industria, el comercio funcionarios gubernamentales y miembros de grandes fundaciones (Ford, Rockefeller, Russell Sage, Carnegie, Mellon, Kaplan).

El *Congreso* alentó la formación de numerosos comités nacionales en Europa, Asia, África y América Latina. También sufragó revistas como *Encounter* (Gran Bretaña), *Preuves* (Francia), *Tempo Presente* (Italia), *Quadrant* (Australia), *Cuadernos* (América Latina), entre otras. Al promediar la década de 1950, no solo se había afianzado en sus centros neurálgicos, sino que comenzó a desarrollar una intensa actividad cultural -foros, revistas, encuentros científicos, festivales -, a la que se plegaron intelectuales y artistas de todo el mundo. Desde París, publicaba la revista *Cuadernos* dirigida a los intelectuales de América Latina; en Hamburgo

⁴ Los historiadores cercanos a la *Agencia*, como Michael Warner, confesaron sus programas de atracción y apoyo a grupos de izquierda, como los trotskistas, que criticaran al movimiento comunista: "Sophisticated Spies: CIA's Links to Liberal Anti-Communists, 1949-1967"; *International Journal of Intelligence and Counterintelligence* 9, nº 4, Invierno 1996-1997, pp. 429-431. Hook y Burnham participaron de la *Comisión de Investigación* en defensa de Trotsky, presidida por John Dewey en 1937. La labor de defensa de la comisión quedó expresada en *El caso de León Trotsky*, Informe de la Comisión Preliminar de Investigaciones sobre los cargos imputados contra él durante los Juicios de Moscú, Merit Publishers, Nueva York, 1968.

⁵ En la dinámica de la confrontación bipolar, la repugnancia despertada por Stalin devino en furibundo anticomunismo y en grotesca mutación hacia un conservadurismo elitista y dogmático. Hook, Burnham, Bell, Irving Kristol y otros repudiaron la política de la nueva izquierda en los sesenta, apoyaron la intervención norteamericana y los bombardeos en Vietnam y, en el caso de Hook, alabaron la decisión del gobernador Reagan de expulsar de la UCLA a la profesora Ángela Davis, por su condición de militante del CPUSA. Sidney Hook, *Academic Freedom and Academic Anarchy*, Nueva York, Cowles, 1969, pp. 23-26; también *Out of Step*, Nueva York: Harper & Row, 1987, cap. 5, 28, y 29. Avital Bloch, *Pensamiento, política e historiografía en los Estados Unidos contemporáneos*, Méjico, Universidad de Colima, 2005, pp. 33 a 43. Michael Denning, *The Cultural Front*, Nueva York: Verso, 1997, p. 418-429.

fundó *Ciencia y Libertad*, bajo la conducción de Michael Polanyi; patrocinaba *Survey: Journal of Soviet and East European Studies*, dirigida por el historiador Walter Laqueur⁶, y otras publicaciones en Australia, India y Japón.

Otras actividades incluían la promoción de libros y de giras de escritores. La CIA había incursionado previamente en este tipo de propaganda. En 1949 realizó una masiva difusión del libro *The God That Failed*, compilado por el escritor laborista británico Richard Crossman. Reunía seis ensayos críticos en los que sus autores abominaban su anterior militancia en el comunismo⁷. También subvencionó las giras por Estados Unidos de Arthur Koestler, cuyo libro *Dark at Noon* (El cero y el infinito) retrataba la crueldad del régimen estalinista. Con la incandescencia del converso reciente, el húngaro realizó un raid de conferencias instando a los intelectuales progresistas norteamericanos a que prestaran apoyo a las elites dirigentes en su cruzada mundial contra la URSS⁸. Casi al mismo tiempo, la *agencia* con sede en Langley logró que la viuda de George Orwell cediera los derechos de la novela *Animal Farm* (*Rebelión en la granja*), convertida, en 1955, en una película de dibujos animados que transmitía un furibundo mensaje anticomunista⁹.

Durante sus primeros años de vida, la situación de América Latina no revistió demasiado interés para el *CLC*. Los escritores de la región tuvieron una participación anodina en la sesión inaugural de Berlín (el colombiano Germán Arciniegas fue el único representante). Con la publicación de *Cuadernos*, editada en París para lectores latinoamericanos, se fundaron asociaciones del *Congreso* en varios países, entre ellas la Asociación Argentina por la Libertad de la cultura. El proselitismo en los duros años de la guerra fría, con el apañamiento norteamericano a las dictaduras de la región, no abrió expectativas venturosas para los “pensadores de la libertad”¹⁰.

⁶ El profesor Laqueur fue un prototípico historiador/ cruzado del anticomunismo. En sus recientes memorias reivindicaba el rol de la CIA como creadora del CLC y repudiaba la labor de los historiadores *revisionistas* de la Guerra Fría con argumentos típicos del neoconservadurismo más reaccionario. *Best of Times, Worst of Times*, Lebanon (NH), Brandeis University Press, 2009, cap. 3.

⁷ Algunos de los autores eran Koestler, Silone, Louis Fisher y André Gide. *The God That Failed*, Nueva York, Harper & Brothers, 1949.

⁸ Wilford, op. cit., p. 117. Las dramáticas mutaciones de la vida de Koestler fueron registradas por la biografía de David Cesarini, *Arthur Koestler: the Homeless Mind*, Londres, Heinemann, 1998.

⁹ Con las artimañas de la *guerra psicológica*, los realizadores de la película alteraron el final del libro. La rebelión de los animales fue presentada como un acto liberador exclusivamente contra los cerdos (los comunistas), invisibilizando a los personajes humanos que representaban a los capitalistas. Karl Cohen, The Cartoon that came in from the cold, *The Guardian, Culture*, 7/3/ 2003, pp. 12-15.

¹⁰ La filial argentina del *Congreso* se fundó en diciembre de 1955 y reunió a intelectuales que habían sufrido la persecución del peronismo: socialistas, radicales, liberales, demócratas progresistas, etc. La entidad publicó varios libros y folletos y organizó cursos y conferencias. Entre los primeros, podemos citar al dictado por Carlos Fayt, en Buenos Aires en octubre de 1962, sobre “*Estructura y función de los partidos políticos argentinos*”. Juan Alberto Bozza, “Un emisario sospechoso. Contradicciones del anticomunismo en América Latina en la década de 1950”. *Revista Oficios Terrestres* n° 27, febrero de 2012, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, ISSN 1853-3248. Sobre la revista *Cuadernos*, véase: Marta Ruiz Galvete. «*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina*». *El Argonauta Español*, N° 3 – 2006, <http://argonauta.imageson.org/document75.html>.

EL CONGRESO Y LAS ACECHANZAS DEL TOTALITARISMO.

Los foros, seminarios y las publicaciones del *CLC* se transformaron en tribunas para el debate de ideas, en las que participaron científicos sociales de reconocimiento internacional. En dichos encuentros se dirimieron cuestiones trascendentes para la agenda de *Occidente* en tiempos de la guerra fría: la naturaleza totalitaria del régimen soviético, las condiciones y riesgos de la libertad de prensa¹¹, el papel del conocimiento y las artes en las sociedades gobernadas despóticamente, las prospecciones para el crecimiento económico, los problemas del subdesarrollo, etc. Compenetradas con los ideales occidentales en la guerra fría, las ciencias sociales contribuyeron significativamente al conocimiento del fenómeno del totalitarismo, una de las nociones más eficaces y perdurables que adoptaron para caracterizar a la URSS y sus aliados.

La Conferencia “*El porvenir de la libertad*”, desarrollada en Milán en septiembre de 1955, fue uno de los grandes escenarios donde los “*pensadores de la libertad*”, intervinieron alineados con la estrategia internacional de Estados Unidos¹². Raymond Aron, Daniel Bell, Friedrich von Hayek, Hannah Arendt, Mary McCarthy, Edward Shils, entre otros, agitaron la cuestión del totalitarismo como el desafío más grave que debían afrontar las democracias en la posguerra¹³.

a) El totalitarismo, ¿vástago de las ciencias sociales de la OTAN?

Antes de que fuera difundido como término clave de la guerra fría, el concepto *totalitarismo* caracterizó, principalmente, a los regímenes fascistas¹⁴. Durante la Segunda Guerra, el historiador austriaco Franz Borkenau fue pionero en asociar, bajo este término, al nazismo con

¹¹ Las agencias de la guerra fría norteamericana tuvieron como aliados en su lucha contra el comunismo a las grandes empresas propietarias de diarios, revistas (entre ellos el imperio *Time/Life* de Henry Luce) y otros medios de comunicación, además de las agencias de noticias internacionales. Los dos representantes norteamericanos que relanzaron, en 1950, la Sociedad Interamericana de Prensa (había surgido en 1943), eran dos agentes operativos de la CIA: Joshua Powers y Jules Dubois. Este último, que fungía de “periodista” en el *Chicago Tribune*, fue responsable de la Comisión de Libertad de Información de la SIP. Estuvo en Cuba en 1959, logrando entrevistar a Fidel Castro. A partir de la reforma agraria, comenzó a atacar a la revolución y a rodearse de los principales propietarios de los periódicos locales. *El Che* lo retrató como un “*gángster del periodismo*”, en una carta dirigida a la revista *Bohemia*, el 23 de mayo de 1959. El diario *La Nación* de la Argentina reproducía los artículos de Dubois sobre la situación cubana. Las agencias Associated Press, United Press International, Reuther, etc., tuvieron un alineamiento belicoso con la estrategia internacional de Estados Unidos. Rodolfo Walsh realizó una radiografía crítica sobre los monopolios informativos internacionales en la Argentina. “¿Quiénes pretenden manejar la opinión pública?”; *Semanario CGT* n° 55, 17/10/1970.

¹² La conferencia internacional de Milán (1955) fue la quinta reunión luego de las de Berlín, Bruselas, Bombay y Hamburgo.

¹³ *The Origins of Totalitarianism*, de H. Arendt, se publicó en Estados Unidos en 1951. Con algunos cambios se editó en Alemania en 1955.

¹⁴ Una exhaustiva indagación sobre el itinerario del concepto fue realizada por Enzo Traverso, *El totalitarismo: historia de un debate*, Valencia, Universitat de Valencia, 2002.

el régimen de Stalin, valiéndose de las interpretaciones de Vilfredo Pareto acerca de la “circulación de las élites”¹⁵.

Terminada la guerra, por obra de los científicos sociales del *CLC*, el concepto adquirió su significación más duradera. Los criterios en los que se basaba la definición priorizaban las características de las superestructuras políticas e ideológicas, los estilos de conducción y propaganda a través de los cuales perpetraba la dominación social. La observación analítica de la naturaleza de las relaciones sociales y de propiedad prevalecientes en estos regímenes era módica, irrelevante o elusiva. Los sistemas totalitarios poseían características específicas en otros distritos de la organización de la sociedad y del ejercicio del poder. Estaban conducidos por un partido único, de conformación jerárquica, timoneado por un liderazgo unipersonal. El partido ejercía su dominio sobre todos los medios de coerción y violencia armada. Se trataba de regímenes que utilizaban el terrorismo policial y técnicas modernas para el conocimiento y la persecución de enemigos reales o arbitrariamente contruados. Detentaban el monopolio de los medios de comunicación y propaganda. La organización y la tecnología aplicada sobre las masas combinaban la propaganda ideológica, la movilización social y el terror. Empleaban un control central de la economía a través de una coordinación burocrática de todas las unidades productivas. Se amparaba en una ideología oficial, integral, excluyente, fundada en un “paranoia colectiva”, que pretendía regimentar todas las dimensiones públicas y privadas de la sociedad civil¹⁶.

El totalitarismo se caracterizaba por haber entronizado a una casta de burócratas autoperpetuados en el ejercicio de sus funciones. James Burnham se precipitó a considerarla una nueva clase, llamada a reemplazar a los capitalistas en los países occidentales. Su libro, *The Managerial Revolution* describía la irrupción de los ejecutivos (managers, elites gerenciales) como la nueva clase dominante del siglo XX. En la URSS, tal grupo era el artífice de la transformación de la sociedad soviética en un régimen totalitario similar al nazifascismo¹⁷.

¹⁵ “Zorros” y “leones” eran metáforas *paretianas* para definir dos tendencias de las elites dominantes, que debían estar en equilibrio, es decir, circular en la administración de un régimen para que este fuera virtuoso. Raymond Aron, *Main Currents in Sociological Thought*, Nueva York, Basic Books Inc., 1967, v. 2, pp. 135-164. [Franz Borkenau](#), *Pareto*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1998 (edición original en inglés, 1936). Borkenau fue un intelectual comunista que participó del Instituto de Investigación Social de Frankfurt. Abandonó el partido en 1929, al repudiar al KPD por considerar a la socialdemocracia alemana como “social fascismo”. Expresó sus interpretaciones sobre el fenómeno totalitario en *The Totalitarian Enemy*, London, Faber and Faber, 1940. Richard Lowenthal, "In memoriam Franz Borkenau," *Der Monat*, nº 9, 1957, pp. 57-60.

¹⁶ Además de Arendt, otros autores que señalaron los mismos atributos fueron [Carl Friedrich](#) y [Z. K. Brzezinski](#), *Totalitarian, Dictatorship and Autocracy* Cambridge, Harvard University Press, 1956. El concepto de “paranoia colectiva” para describir la ideología bolchevique, pertenece al politólogo e historiador de las ideas Richard Lowenthal. “The Logic of de One Party Rule”, *Problems of Communism*, marzo de 1958, pp. 22-23.

¹⁷ En castellano se tituló *La revolución de los directores*, Bs. As., Huemul, 1962 (En 1967 fue editado por Sudamericana). Burnham consideraba que las políticas del New Deal roosveltiano “preparaban a los Estados Unidos para una relativamente suave transición al fascismo”. Citado por Louis Menand, “How the Deal Went Down”; *The New Yorker*, March, 4, 2013, p. 69. En esta cuestión, fue grande la deuda de

Profundizó esta línea de reflexión con una obra que pretendió ser una historia de la teoría política. Allí reivindicaba a la tradición maquiavélica, encarnada en la tradición elitista, partidaria del “realismo” político, y desquiciaba al linaje utópico, “sentimental” y rousseauiano. Ese texto, *Los maquiavelistas*, afirmó el prestigio de Burnham en la comunidad de inteligencia del gobierno de EEUU. El libro consideraba a las minorías selectas, las elites, incluso a los grupos reducidos promotores de conspiraciones, como los principales actores de la historia. La interpretación tenía conexiones explícitas con las reflexiones sobre el protagonismo de los líderes, expertos y tecnócratas, producidas por Sorel, Mosca, Pareto y Michels; las que consagraban la inviabilidad de los procesos de emancipación e igualdad social en la historia, y pontificaban sobre la *inevitable* primacía de las elites dirigentes¹⁸.

Muy pocos académicos anticomunistas se liberaron del corsé dogmático de la teoría del totalitarismo, que siempre veía al régimen soviético como un fósil reluctante a los cambios sociales y políticos. Predominaban los dictámenes intempestivos de Aron, Burnham y del historiador Walter Laqueur, para quienes las insinuaciones de cambios por parte de los líderes soviéticos eran meros ardides, destinados a engañar a Occidente. Probablemente Richard Lowenthal, académico socialdemócrata alemán, partidario de la OTAN, ejerció un análisis histórico más ajustado a los datos empíricos de su tiempo. Con agudeza, observaba al periodo de Krushev como una etapa de *autoritarismo post totalitarismo*, donde si bien permanecía un estado autoritario, existían claras tendencias a la disminución de la represión, una actitud más permisiva de pluralismo en la vida política y un debilitamiento de la política internacional soviética. Sin embargo, tales demostraciones no alcanzaban para desactivar el peligro que la URSS deparaba para Occidente¹⁹. Apenas leves insinuaciones, las reconsideraciones no conmovieron las pétreas convicciones de la combativa cofradía del *Congreso*.

Como señalaron algunos autores, la tematización del totalitarismo aplicada al régimen comunista ruso y a sus similares se tornó “autosuficiente”, desligada del desarrollo histórico, que procedió a restringir las complejas dinámicas de la sociedad soviética a esquemáticas variables políticas e ideológicas, siempre observadas como inmutables. Más que el fruto del análisis histórico, tal categoría se desempeñaba como un juicio de valor axiomático²⁰.

Burnham con el libro del italiano Bruno Rizzi, *The Bureaucratization of the World*, aparecido en 1939. Trotsky había polemizado con este autor, negando el carácter de clase de tal grupo en la URSS.

¹⁸ James Burnham, *Los maquiavelistas*, Bs. As., Olcese Editores, 1986, pp. 229-232 (1ª edición Emecé, 1953).

¹⁹ Richard Lowenthal, “The Soviets and the West: A European View”, en *Proceedings of the Academy of Political Science*, Nueva York, vol. 28, Abril de 1965, pp 83-87. Walter Laqueur, *The Fate of the Revolution: Interpretations of Soviet history from 1917 to the Present*, Nueva York, Scribner's, 1987, p. 243.

²⁰ Sobre esta caracterización y la crítica al uso que le daba Hannah Arendt, sigo la argumentación de Stephen Cohén, *Rethinking the Soviet Experience*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, cap. 5. Otro análisis que se desembaraza del “chaleco de fuerza” del totalitarismo es el de Moshe Lewin, *La grande mutation soviétique*, Paris, La Découverte, 1989, p. 20.

Raymond Aron fue el más vehemente propalador del peligro que el totalitarismo entrañaba para una *Europa libre*. A partir de sus vínculos con los recursos y entidades culturales norteamericanas en Francia, su itinerario público dio un salto fulgurante. Lazos inescindibles unieron sus trayectorias académica, periodística y política. Su contacto en Londres con el Reform Club y con la London School of Economics, espacio animado por liberales conservadores individualistas como Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, abrió un cauce de afinidades que lo llevaría a ingresar en la Sociedad Mont Pélérin, creada por Hayek en 1947.

A través de su militancia en el partido *gaullista* RPF, al que ingresó en 1947, y de sus intervenciones doctrinarias en *Le Figaro*, expresó enfática y consecuentemente su adhesión a la estrategia *atlantista* de una *Europa Unida*, es decir, aliada de Estados Unidos con un tratado militar y beligerante frente a la URSS. Esta opción política trascendental también le fue allanada por la enorme consideración que tributaba a los *New York intellectuals*. No parece exagerado considerar a Aron como *el intermediario intelectual* de la diplomacia y de los planes estratégicos de EEUU en Francia y el resto de Europa²¹.

El itinerario del sociólogo francés coincidió con los años más fecundos del *Congreso*²². En 1954 disertó en la Jornada de Estudios de Niza sobre “*Rostros del comunismo en Francia e Italia*”. Intervino en la Conferencia de Hamburgo – en compañía de Sidney Hook-, sobre “*Los conceptos de verdad de clase y de verdad nacional en las ciencias sociales*”. Fue uno de los responsables de la realización de la Conferencia de Milán sobre “*El porvenir de la libertad*”. El evento creó el *Comité de Seminarios*, a cargo de Aron, Daniel Bell, Bertrand de Jouvenel, Michael Polanyi y del sociólogo de la London School of Economics y de la Universidad de Chicago Edward Shils, otro impenitente *cold warrior* de la sociología. En el pináculo del prestigio, Aron presentó en el coloquio internacional de Nápoles, en 1960, la ponencia “*Desarrollo social y económico de los países del Mediterráneo*”²³.

Su rutilante estrella se vio salpicada por el escándalo que, en 1967, reveló la financiación del *Congreso* por la CIA. Arón declaró desconocer la mano encubierta que dispensaba tanta

²¹ Como ya se sostuvo, los *New York Intellectuals* eran los portavoces de la izquierda anti estalinista atraídos por los programas de inteligencia del gobierno de EEUU. Aron fue una pieza significativa de los servicios culturales estadounidenses en Francia. Admirador de las ciencias sociales norteamericanas, aprovechó la generosidad de las fundaciones de aquel país que, en el marco del Plan Marshall, alentaron las investigaciones sobre la modernización y el crecimiento económico durante la “recuperación europea”. El Centro de Estudios de Sociología (CES) de París fue una plataforma de difusión de las teorías sociales de Aron y de sus discípulos (M. Crozier, F. Bourricaud, Annie Krieguel, etc). Fue amigo y consejero de Henry Kissinger, que lo consideraba su guía, y de George Kennan, el padre de la doctrina del “containment”, del Plan Marshall, de la Ley de Seguridad Nacional... y de la *CIA*.

²² El *Congreso* lo designó en el *Comité de Ciencia y Libertad*. En 1955 ingresó como profesor en la Sorbona.

²³ Pierre Grémion, *Intelligence de l'anticommunisme, Le Congrès pour la liberté de la culture à Paris, 1950-1975*, Arthème Fayard, 1995, pp. 45-47.

abundancia, pero su alegato no resultó convincente²⁴. En años posteriores colaboró con la *Asociación por la Libertad de la Cultura*, la nueva entidad surgida de las cenizas del *Congreso* y financiada por la Fundación Ford, en estrecha colaboración con el historiador François Furet y el sociólogo Michel Crozier, hombres de confianza que lo reemplazaron en varias de las funciones que había desempeñado²⁵.

b) Desenmascarar a los *compañeros de ruta* del “totalitarismo” comunista. Un compromiso intransigente.

El análisis del totalitarismo y del papel de los intelectuales izquierdistas ocupó un sitio destacado en la producción académica y en las intervenciones públicas del momento. Tempranamente Arón tomó posición atrincherándose en las teorías históricas y sociales que recusaban al materialismo histórico²⁶. Como otros “*pensadores de la libertad*”, arguyó sobre la naturaleza totalitaria del comunismo y de la teoría marxista. Homologó a ésta (también al nazismo) a las “*religiones paganas*” que amenazaban a las instituciones democráticas y al porvenir de la cultura. Para enfrentarla, era menester una “*batalla de ideas*” de carácter internacional.

El esfuerzo equivalía a un compromiso militante, un ejercicio de esclarecimiento para pensadores que, si bien no pertenecían a los partidos comunistas, expresaban simpatías por las concepciones marxistas aplicadas a la sociedad, la economía y la historia. *El opio de los intelectuales* (1955), apuntaba a neutralizar a los *compañeros de ruta* del comunismo, a persuadirlos de abandonar sus simpatías hacia la URSS y de apoyar los propósitos de los Estados Unidos en la escena mundial.

El texto de Aron leía la historia de su tiempo como un campo de confrontación exclusivamente bipolar y desdeñaba la existencia de espacios políticos autónomos frente a las superpotencias. Atacaba con particular agresividad a pensadores que abogaban por el neutralismo y defendían

²⁴ Aron afirmaba que el fin justificaba los medios y que el balance de la actuación del Congreso había sido positiva y necesaria. Sus acciones se habían concretado “*únicamente gracias al enmascaramiento o incluso, si se quiere, a la mentira y la omisión*”. Más adelante escribió: “*Michaël Josselson, de origen estonio, fue el creador del Congreso [...]. Él nos engañó, podríamos decir, y así lo habría reconocido él si hubiésemos discutido el fondo del problema [...]. Yo sigo sintiendo hacia él consideración y estima [...]. Él era mucho más que un agente de servicios secretos, era otra cosa. Como intelectual dotado del sentido de la acción, le corresponde la doble responsabilidad del éxito del Congreso y de la mentira original*». Raymond Aron, *Mémoires*, Paris, Julliard, 1983, p. 238-239.

²⁵ Varios historiadores renegados del comunismo se inspiraron en los escritos de Aron para recusar al materialismo histórico durante los años 70, entre ellos F. Furet, E. Le Roy Ladurie, P. Rosanvallon, Annie Kriegel, Paul Veyne. El mismo Aron se consideraba un historiador y tuvo varias intervenciones de ese carácter; por ejemplo “El historiador entre el etnólogo y el futurólogo”, en el coloquio de Venecia.

²⁶ Su tesis, *Introducción a la filosofía de la historia* (1938) intentó una refutación del materialismo histórico con el aporte de la perspectiva de Max Weber. Raymond Aron, *Introducción a la filosofía de la historia*, Bs. As., Siglo XX, 1983. El historiador francés Pierre Vilar señaló el primitivismo y la superficialidad de los presupuestos con que Aron abordaba la naturaleza y los propósitos del conocimiento histórico. *Iniciación al vocabulario de la investigación histórica*, Barcelona, Crítica, 1980.

una “tercera vía” frente a la polarización mundial. Aneurim Bevan, líder de la izquierda del Partido Laborista británico, fue objeto de la ira del sociólogo francés²⁷. Desacreditó el proyecto *bevanista*, como una tentativa que terminaba favoreciendo o apañando la progresión del comunismo en Asia, África y América Latina.

Ante demasiados episodios históricos, el sociólogo y el irascible cruzado anticomunista componían un ente indivisible. En 1953 condenaba con párrafos descalificadores el empeño puesto por los escritores izquierdistas en denunciar a las persecuciones del senador McCarthy en EEUU, recriminándoles su silencio frente a la represión desatada por el KGB en Rusia y Europa oriental²⁸. Señalaba a los intelectuales progresistas europeos como agentes manipulables, irresponsables o snobs. Sartre, Merleau Ponty y el grupo reunido en torno a publicaciones como *Esprit*, *Les Temps Modernes* o *L’Observateur*, militantes contra el anticomunismo, fueron objeto del vituperio crónico de los *pensadores de la libertad*. Ante el severo escrutinio de Aron, la conducta de Sartre era imperdonable: se había proclamado *compañero de ruta* de los comunistas franceses y defendía la ligazón de la estrategia internacional del movimiento obrero con la URSS²⁹.

Según Aron, los intelectuales izquierdistas padecían una enfermedad, el fanatismo radical; estaban intoxicados por proyectos revolucionarios, por utopías totalizadoras inalcanzables y contraproducentes, como la construcción de una sociedad igualitaria. Fines radicales, proyectos de cambios holísticos de las estructuras sociales y de la naturaleza humana, métodos revolucionarios, odio al capitalismo norteamericano, enajenaban a los pensadores izquierdistas. Al igual que las tendencias conservadoras de la sociología norteamericana, Aron manifestaba una perspectiva escéptica sobre las potencialidades emancipadoras del hombre; *eran ilusiones* que debían ser sustituidas por *ideas prosaicas* encaminadas hacia reformas parciales de las anomalías de los sistemas sociales. La economía de libre competencia, la preservación de las libertades individuales y el voto eran las conquistas más elevadas de cualquier grado de desarrollo sociopolítico y, en este sentido, anunciaban una etapa caracterizada por “el fin de las

²⁷ Bevan fue Ministro de Salud y de Trabajo durante el gobierno de C. Atlee, entre 1945 y 1951, y constructor del *Welfare State* y de la socialización de la medicina en Gran Bretaña.

²⁸ Raymond Aron, *El opio de los intelectuales*, Bs. As., Siglo XX, 1972. Del mismo autor: “Naciones e ideologías”. *Cuadernos del CLC*, XI, marzo-abril de 1955, pp. 10-20. También Pierre Emmanuel, “La doble ilusión del progresista”. *Cuadernos del CLC*, XXIII, marzo-abril de 1957, pp. 59-64.

²⁹ Sartre hizo pública su opinión en un célebre artículo titulado “Los comunistas y la paz”, cuya primera parte su publicó en *Les Temps Modernes*, en julio de 1952. Aron retrataba a los intelectuales *sartreanos* como sofistas incoherentes y mendaces, dispuestos a desnudar los defectos de las democracias burguesas de Occidente y permanecer indulgentes frente a los crímenes perpetrados tras el *telón de acero*. Raymond Aron, “Los intelectuales franceses y la utopía”. *Cuadernos del CLC*, XIII, julio-agosto de 1955, pp. 13-15. Ignacio Iglesias, “*L’Opium des Intellectuelles* de Raymond Aron”. *Cuadernos del CLC*, XV, noviembre-diciembre de 1955, p. 107.

ideologías”. Más que refutados, los intelectuales marxistas debían, según Aron, ser *desintoxicados*³⁰.

La convergencia del pensamiento de Aron con la estrategia internacional norteamericana fue completa y traslúcida. A pesar de la abolición del Komintern, consideraba a las fuerzas comunistas en el orbe como el rescoldo de “*una conspiración permanente*” que abría paso el imperialismo “*ruso soviético*”. El ánimo sombrío con que examinaba a la URSS contrastaba con la idolatría cuasi naif prodigada hacia el papel histórico de Estados Unidos, impregnando la teoría política con groseros tiznes de propaganda. Retrataba a la potencia americana como un imperio benevolente que luchaba por la libertad en el mundo; dulcificaba al temible dispositivo bélico nuclear como “*containment*”; asimilaba a su dirigencia política y empresarial como una élite que carecía de veleidades imperialistas, y consideraba a sus intervenciones extraterritoriales como iniciativas para extender la zona abierta al libre comercio³¹.

En íntima conexión con el oficial de la CIA Michael Josselson, Aron fue el impulsor de la adhesión de los intelectuales franceses al *Congreso por la Libertad de la Cultura*. Bajo los auspicios de la confluencia *franco americana* incorporó la producción académica de las ciencias sociales norteamericanas moldeadas en el caldero de la guerra fría. Además de su deuda con Weber, Aron encomió, como se ha afirmado, la teoría política producida por insignes intelectuales norteamericanos anticomunistas, entre ellos con el politólogo e historiador de las relaciones internacionales James Burnham.

Burnham fue otro artífice del lanzamiento del *Congreso*. Militante trotskista en los años treinta, su deriva ideológica lo transformó en defensor y propagandista de la política imperialista de su

³⁰ Otros intelectuales del CLC recurrieron al tópico del final de las ideologías: Burnham, Daniel Bell, Shils, etc. Edward Shils, “The End of the Ideology?” *Encounter*, November 1955, pp. 52-58. La actitud recriminatoria de Aron hacia los intelectuales radicales era la misma de los sociólogos norteamericanos que lo acompañaron en la experiencia del CLC. Véase la reseña despreciativa y sarcástica de Edward Shils sobre Wright Mills y su libro, *La imaginación sociológica*. “Imaginary Sociology”; *Encounter*, June 1960, pp. 77-80. El mismo tipo de diatriba repetían los representantes argentinos ante el Congreso, en especial el economista Carlos Carranza, en su libelo *Intelectual: ¿por qué eres comunista?*, Bs. As., Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, 1959.

³¹ «*La clase dirigente de Estados Unidos no deseó la hegemonía que ha recaído en ella desde que el potencial industrial de la República americana se transformó en fuerza militar [...] La diplomacia soviética ha suscitado como reacción una voluntad de containment, el esfuerzo para detener la expansión de su rival, no ha suscitado una voluntad de dominación, a menos que se utilice ese término para designar el esfuerzo por ampliar la zona abierta al libre intercambio*» Raymond Aron, *Le Grand schisme (El gran cisma)*, Paris, Gallimard, 1948. p. 25. La confianza de Aron hacia la *Republica Imperial* lo llevó a plantear que las naciones debían desarrollar sus programas de armas nucleares en coordinación con el gobierno de Washington, atacando en su libro *El gran debate* (1964) a la iniciativa de desarrollo atómico autónomo propiciado por Charles de Gaulle. Conservó sus prejuicios imperturbables contra la evolución histórica de la URSS hasta los últimos instantes de su vida. Discutió con George Kennan, porque este creía que, en los ochenta, la elite dirigente soviética había abandonado su objetivo de destruir a los EEUU. *La Republica Imperial*, Madrid, Alianza, 1976, pp. 360-363. En su obra póstuma *-Los últimos años del siglo*, Madrid, Espasa Calpe, 1984-, **escrita tres años antes de la llegada de Gorbachov** al poder, pronosticaba que la expansión y el hegemonismo soviéticos habrían de seguir acentuándose: la URSS continuaría siendo una imperio que no dejaría de armarse.

gobierno³². Formuladas originalmente en la década del cuarenta, sus concepciones instruyeron a los analistas de la CIA y se propagaron generosamente en los eventos del *CLC*. Vértice de la confluencia antitotalitaria del liberalismo político y económico, Aron tributó una entusiasta recepción al programa económico del ultraliberalismo individualista de la “escuela austriaca” y de su empeinado apologista, Friedrich von Hayek. Esta bienvenida, como veremos, implicó algunas controversias en las filas del *Congreso*.

TOTALITARISMO Y LIBERTAD ECONOMICA. DOGMAS Y CONTROVERSIAS.

El *CLC* consideraba a la defensa de las libertades políticas como un compromiso vinculado irrenunciablemente con la preservación y ampliación de las libertades económicas. En esta cuestión se insinuó el aporte de liberales individualistas intransigentes que recusaron a los laboristas y socialdemócratas del *Congreso*. En la *Conferencia de Milán*, Friedrich von Hayek tuvo una participación destacada abogando por el irrestricto imperio de la libre empresa en Occidente, la *única opción verdadera* que confrontaba contra el totalitarismo comunista. La intransigente intervención del austriaco no fue acogida con beneplácito por la mayoría de los presentes (salvo por Aron), ni fue adoptada como la perspectiva económica recomendada por el *CLC*. Relegadas a un segundo plano, las vigorosas alocuciones de Hayek repicaron como el sermón de un profeta incomprendido. ¿Cuál era su trayectoria intelectual? ¿Eran propicias o disfuncionales para la coyuntura de la posguerra sus fogosas intervenciones en pos de una economía libre de regulaciones?

Hayek había nacido en Viena en 1899. Luego de una fugaz simpatía por los proyectos reformistas fabianos³³, se interesó en la filosofía de Wittgenstein y del Circulo de Viena, y por los principios económicos divulgados por el ultraliberal Ludwig von Mises. Tomó como propias las argumentaciones del maestro en contra de la planificación económica y del socialismo, a los

³² Burnham (1905-1987) militó en el Socialist Workers Party (SWP) junto a Hook y Bell. Tradujo al inglés la *Historia de la revolución rusa*, de Trotsky. Enseñó filosofía en la universidad de Columbia en los cincuenta. Alentó la política internacional expansionista de su gobierno; fue consultado por la CIA en la intervención contra el régimen iraní de Mossadegh, en 1953. Recibió en 1983 una condecoración por parte de Reagan por su aporte a la afirmación internacional de EEUU. Daniel Kelly, *James Burnham and the Struggle for the World: A Life*, Wilmington (DE), ISI Books, 2002, pp. 345-351. Samuel Francis, *Thinkers of our Times: James Burnham*, Londres, The Claridge Press, 1999, pp.45-50, 145-148.

³³ Socialismo evolucionista británico, fundado por los esposos Sidney y Beatrice Webb en el siglo XIX, partidarios de cambios graduales que atemperaban la explotación del capitalismo. Margaret Cole, *The Story of Fabian Socialism*, Stanford (California), Stanford University Press, 1961. Luego de sus viajes a la URSS en los años treinta, los Webb apoyaron al régimen soviético conducido por Stalin, a la situación de los trabajadores y a la política agraria. Beatrice & Sidney Webb. *Soviet Communism: A New Civilisation*, Longman, Green and Co., 1944, pp. 243-250.

que consideraba nocivos e ineficaces debido a la alta complejidad de los cálculos económicos³⁴. De gran desempeño en la Universidad de Viena, fue nombrado profesor, en 1931, en la London School of Economics. En 1938 participó del coloquio organizado por el periodista norteamericano Walter Lippmann, al que concurrieron académicos enemigos de toda forma de intervención estatal. No existía, según estos pensadores, una vía intermedia entre liberalismo y colectivismo, categoría esta última en la que inscribían, sin reparo alguno, al fascismo³⁵. Favorecida por su talento y por el puente de oro de Fundación Rockefeller, la carrera de Hayek se coronó con el gran salto de su nombramiento, en 1950, en la Universidad de Chicago³⁶. Unos años antes, en 1947, apoyado por financistas e industriales suizos, había fundado la Sociedad Mont Pélérin; la pertinaz usina intelectual del ultraliberalismo³⁷.

Los pronunciamientos de Hayek ponían en evidencia las desavenencias existentes en los “pensadores de la libertad”; traslucían desacuerdos agudos sobre las políticas económicas deseables para la estabilidad de Occidente. Las declamaciones liberal democráticas de *Congreso* se diferenciaban del liberalismo radical individualista del mentor de la discreta logia refugiada en los Alpes suizos.

Hayek profesaba una concepción dogmática e irreductible sobre el imperio de las libertades económicas. En base a esta fe, radicalizaba la noción de totalitarismo, denunciando el despuntar de su siniestra sombra en las políticas económicas que cimentaron la estabilidad, prosperidad y pleno empleo de la posguerra europea³⁸. El totalitarismo acechaba, según Hayek, en las reformas keynesianas del capitalismo, tal como lo manifestó en su intervención en la Conferencia de Milán y en su prolífica producción académica. Su manifiesto *Road of Serfdom* (Camino se servidumbre), apuntaba contra la expansión de la influencia del “colectivismo” en las sociedades occidentales, alarmándose contra las políticas del laborismo en Gran Bretaña durante la posguerra³⁹. Como su maestro Mises, defendía una concepción mínima del Estado.

³⁴ En los seminarios de Mises pasaron economistas de destacada participación política en la posguerra, como Rueff, Erhardt, Luigi Einaudi, etc. Sus críticas a la planificación fueron formuladas en sus libros *El socialismo. Un análisis económico y social* (1922) y *Crítica del intervencionismo* (1929). Sus teorías fueron apoyadas por industriales y fundaciones norteamericanas, y divulgadas por la filósofa Ayn Rand.

³⁵ El coloquio reunió a veintiséis ponentes, entre ellos Raymond Aron. El libro de Walter Lippman *The Good Society*, constituyó un manifiesto anti keynesiano avant la lettre.

³⁶ En la Universidad de Chicago presidió el *Comité de Pensamiento Social* y dictó cursos sobre Economía, Filosofía de la Ciencia, Filosofía Política e Historia de las Ideas. F. A. Hayek, *Hayek On Hayek: An Autobiographical Dialogue*, Indianapolis, Liberty Fund, 2008, p. 126-128.

³⁷ Con un funcionamiento discreto, sus coloquios anuales reunieron a diversos especialistas de las ciencias sociales devotos del libre mercado. Entre ellos, se destacaron K. Popper, Aron, M. Polanyi, W. Lippman, Salvador de Madariaga, M. Fridman, etc. Perry Anderson, “Neoliberalismo, un balance provisorio”; en: Emir Sader y Pablo Gentile, comp., *La trama del neoliberalismo*, CLACSO/ Eudeba, 1999, p. 15-16.

³⁸ Las tres décadas doradas, según Eric Hobsbawm, *El siglo XX. La era de los extremos*, Bs. As., Crítica, 2001.

³⁹ Hayek abominaba al programa de gobierno de Clement Atlee y, especialmente, al de la izquierda laborista, encabezada por el Ministro de Salud Aneurim Bevan, padre del notable Servicio Nacional de

Rechazaba la noción de “*justicia social*” (tras la cual acechaban socialdemócratas y comunistas) como fundamento de la instrumentación de controles y regulaciones que garantizaran una distribución más equitativa de la riqueza. Según su visión, las acciones estatales de regulación tenían efectos catastróficos sobre el mercado, al que consideraba un espacio de equilibrios sostenidos por decisiones espontáneas de los agentes económicos: la reverenciada *catallaxia*, noción/ talismán de la escuela austriaca. Las políticas intervencionistas desnudaban al Estado como “*dictador económico*”⁴⁰. Aunque en algunos escritos Hayek negaba ser un conservador, sus pronunciamientos sobre los regímenes democráticos lo acercaban a tal concepción de la sociedad y de la acción política. Afirmaba que las regulaciones disimulaban las pretensiones corporativas de una clase media (la beneficiaria del régimen democrático, según el austriaco) que quería asegurar *sus privilegios* a través de las *presiones fiscales*. La defensa del ultraliberalismo lo llevaba a cuestionar los proyectos reformistas del capitalismo, instituidos tras la *Gran Depresión* por el *New Deal* rooseveltiano y por la llamada “*tercera vía económica y social*” del laborismo inglés. La voluntad de regular las iniciativas económicas de los individuos, es decir la interposición de controles sobre las actividades productivas, comerciales o financieras y, peor aún, la *planificación*, entronizaban, según Hayek, a una élite de tecnócratas o burócratas estatales que, fatalmente, habría de sucumbir al dominio de un déspota y a la institución de un régimen totalitario⁴¹.

En la confrontación contra el “*totalitarismo marxista*”, el ultraliberalismo de Hayek se presentaba como una visión del mundo, como un esquema global de la evolución social. Sus concepciones filosóficas remitían a la obra de John Locke. Allí encontraba sustento la creencia en el Estado mínimo, limitado a defender el derecho natural de propiedad y a preservar el “*orden espontáneo*” del mercado. Como corolario de este criterio, el liberalismo político aparecía absorbido por el liberalismo económico. Las opiniones de Hayek sobre la democracia no revelaban entusiasmo sobre sus virtudes y propósitos; más bien recordaban los viejos resquemores conservadores de Burke contra la Revolución Francesa y contra las pulsiones despóticas de las multitudes. La democracia no era un sistema político infalible, sino “*esencialmente un medio, un procedimiento utilitario para salvaguardar la paz interna y la libertad individual*”. Quienes pretendían instituir contenidos sociales equitativos a la democracia desencadenaban el rechazo de Hayek; la ampliación de las prerrogativas democráticas hacia las clases subalternas conducía inevitablemente a la “*democracia*

Salud y de las políticas favorables al campo sindical. Derek Frase, *The Evolution of the British Welfare State*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009, cap. 9.

⁴⁰ La *catallaxia* fue definida por Hayek como una simbiosis de intercambios espontáneos de libre mercado, sentimiento de comunidad y conversión del enemigo en amigo. *Law, Legislation and Liberty*, vol. 2, *The Mirage of Social Justice*, Chicago/Londres, 1976, pp. 15 y 33.

⁴¹ *Road of Serdom* se publicó originariamente en Inglaterra y en Estados Unidos en 1944. Véase, F. von Hayek, *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 1978; capítulos “Individualismo y colectivismo” y “La intervención económica y el totalitarismo”.

totalitaria". Este entrelazamiento causal entre "economías abiertas" y orden político virtuoso fue un punto de convergencia de las teorías de Hayek y de Raymond Aron, alma mater del Congreso en Francia, divulgador de su doctrina y colaborador del *think tank* creado y presidido por el austriaco, la Sociedad Mont Pélèrin⁴². Filósofos adscritos al "*pensamiento de la libertad*" aportaron consideraciones éticas y epistemológicas a la doctrina social y económica de Hayek. Karl Popper fue otro insigne heraldo de las *sociedades abiertas* y un antagonista de los proyectos totalitarios, en cuyo vórtice más despreciable alojaba marxismo⁴³. A pesar del respeto suscitado por Hayek, sus diagnósticos sobre el proceso económico y sus argumentos catastrofistas contra los resultados que acarrearían las políticas laboristas y socialdemócratas navegaron en mares inhóspitos durante las primeras décadas de la guerra fría. La recuperación del crecimiento económico en los tres *decenios dorados* disipó los sombríos augurios del austriaco y confinó su prédica a la cofradía de adoradores del mercado irrestricto que sesionaba en la bucólica aldea alpina. Existió un clima favorable para las opciones anticomunistas que *preservaran los criterios del Welfare State*, tal como lo expresó en la Conferencia de Milán el dirigente laborista Hugh Gaitskel⁴⁴. Expuestas en el contexto de posguerra, donde la influencia de la socialdemocracia y el laborismo consagraron la expansión de políticas públicas; las ideas de Hayek no encontraron la receptividad esperada. El contraste resultó evidente. Con crudeza, Hayek había sostenido en Milán que *la propiedad era el único derecho* que valía la pena defender, en clara refutación a la defensa de los *derechos sociales* defendida por el laborismo y los socialistas del Congreso. Las banderas de la desregulación, de la privatización, del achicamiento de los programas para subsidiar el desempleo, de la reducción de los gastos de seguridad social, de las subvenciones a la vivienda y a los alquileres, así como la voluntad de debilitar el poder de los sindicatos, no eran signos promisorios para afirmar un consenso anticomunista en el que participaran, también, los líderes de las organizaciones sindicales europeas⁴⁵.

CONCLUSION. FERVORES Y FISURAS EN LA COMUNIDAD ANTITOTALITARIA.

⁴² Aron participó en 1951 en la cuarta reunión internacional de la Sociedad del Monte Peregrino (en Beauvallon, Francia); su ponencia se tituló «Prejuicios favorables respecto a la Unión Soviética».

⁴³ Friedrich von Hayek, *Camino... op.cit.*, p. 65. La *comandita Hayek & Popper* tuvo un perdurable lazo institucional. Hayek lo invitó a participar en la Sociedad Mont Pelerin y en la London School of Economics, un ámbito académico que le permitió ser investido Caballero del Imperio Británico en 1965. La cruzada antitotalitaria de Popper quedó plasmada en *Miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 1973 (1 ed. 1953) y en *La sociedad abierta y sus enemigos*, Bs. As., Paidós, 1982. Aquí, el linaje del pensamiento totalitario recorría una carrera de postas de 2185 años de historia, uniendo los sistemas pergeñados por Platón, Rousseau, Hegel y Marx.

⁴⁴ Pierre Grémion, *Intelligence de l'anticommunisme* (La inteligencia del anticomunismo), Le Congrès pour la liberté de la culture à Paris, 1950-1975, Paris, Fayard, 1995, p. 161.

⁴⁵ Gilles Dostaler, *Le libéralisme de Hayek*, Paris, La Découverte, 2001, p. 145 y ss.

El *CLC* fue una vigorosa herramienta del anticomunismo en el campo de la cultura durante la posguerra. Su vínculo filial con los órganos de inteligencia e información de la mayor potencia de Occidente, sus lazos con la CIA, los opulentos recursos de los que dispuso, sus propias publicaciones y las que patrocinaba en el ámbito internacional, la atracción que ejerció en figuras prestigiosas de diversas naciones y la perdurabilidad en tiempo y espacio de sus acciones, demostraron la magnitud alcanzada por su prédica y obra.

Los éxitos cosechados por el CLC no fueron solo el producto del potencial financiero de sus patrocinadores. Fue política de sus directivos la construcción de alianzas con otras prominentes organizaciones económicas, “caritativas”, culturales y sindicales: Tanto las *fundaciones*, como las grandes *universidades* y las instituciones sindicales dependientes de la poderosa AFL/CIO interactuaron con el *Congreso* y colaboraron estrechamente con las líneas maestras de la política exterior de los distintos gobiernos de Estados Unidos.

El *Congreso* identificó con eficacia la influencia y el prestigio que el marxismo ejercía sobre intelectuales y artistas, y se propuso actuar de manera análoga a las organizaciones culturales promovidas por la URSS, como el activo Consejo Mundial por la Paz. (Con cierta exageración, se comparó al CLC con el *Kominform* de la cultura occidental capitalista). Sus iniciativas, campañas y manifiestos denotaban una *estrategia ofensiva* (cuestionadora, propensa también al uso de ardides difamatorios y mendaces) de los Estados Unidos y sus aliados europeos contra la URSS. En su objetivo de reunir bajo la prédica antitotalitaria a prestigiosos referentes de la cultura, sumó aciertos indudables al incorporar a sus huestes a desertores del campo enemigo. Entre estos éxitos hay que mencionar la respuesta favorable que obtuvo por parte de destacados intelectuales que provenían de la izquierda no estalinista, entre ellos socialistas y trotskistas mortificados por los desbordes del despotismo soviético; de liberales de izquierda y de ex comunistas, las figuras que aportaron la militancia más iracunda contra la URSS y sus simpatizantes, sobreactuando su conversión a la nueva fe de Occidente.

La “cruzada por la libertad” apuntó con precisión a los flancos débiles del territorio adversario. Fueron efectivas las denuncias de las condiciones que cercenaban las libertades en la URSS y en las naciones aliadas, el señalamiento del despotismo estalinista (materializado en persecuciones, juicios humillantes, campos de trabajos forzados) y de la prepotencia, represión e injerencia ejercida sobre las naciones sujetas a su órbita de influencia (La intervención del Pacto de Varsovia en Hungría en 1956 articuló uno de los esfuerzos de mayor envergadura del proselitismo del *Congreso*). Las campañas contra la censura en la producción intelectual y artística en la URSS desnudaron un fenómeno inocultable. En esta cuestión contó con el invalorable testimonio crítico de ex comunistas que habían padecido tales infortunios (Arthur Koestler, Ignazio Silone, Stephen Spender, Franz Borkenau, Julián Gorkin. Ignacio Iglesias y otros ex trotskistas españoles, por citar algunos casos).

Las acciones del *Congreso* también expresaron pulsiones de cruzada intolerante y dogmática contra ciertas figuras de la izquierda cultural y política. La agresiva campaña contra los intelectuales acusados de “compañeros de ruta” del comunismo (Sartre, Merleau Ponty, los más famosos) desnudó rencores despiadados en algunos “pensadores de la libertad”. El ataque a la izquierda laborista, a los intelectuales partidarios de la distensión y a opositores a la escalada nuclear de EEUU; la difamación a quienes veían con simpatías a los movimientos de liberación del “Tercer Mundo” y la inicua difamación contra quienes denunciaban la persecución maccarthista encarnaban comportamientos no muy distintos a los imperantes bajo la atmósfera estalinista. La actitud elusiva, insincera y mendaz en ocultar o desconocer la digitación de la CIA sobre los fondos y las políticas del *Congreso* tiñó de sospechas y deslegitimó los fines altruistas y la independencia de pensamiento verbalizadas por intelectuales y científicos sociales de Occidente.

Los intelectuales del *Congreso* dejaron una impronta inconfundible en los estudios sobre el totalitarismo. Prestigiosos investigadores, también propagandistas y divulgadores, asociaron rotundamente al comunismo y al nazi fascismo como fenómenos totalitarios casi idénticos, minimizando o subestimando las diferencias de origen y los contenidos económicos y sociales de sus regímenes. Significativamente, *eludieron u opacaron los procesos históricos, los nexos e intereses de clases que vinculaban de manera inescindible al fascismo con la preservación de las relaciones capitalistas de producción y dominación*. El sistema de partido único, las cortapisas impuestas sobre la sociedad civil y la forma de organización y regimentación de las masas se constituyeron en los núcleos explicativos medulares para sancionar la existencia de un *adn* común a ambas experiencias históricas. En el contexto de la coyuntura de polarización internacional, consagraron al comunismo como la expresión más representativa (y ominosa) del fenómeno totalitario.

La predica antitotalitaria del *Congreso*, sin embargo, insinuó desacuerdos en torno a la evaluación e instrumentación de las políticas económicas más eficaces para el crecimiento de la producción y la estabilidad social, condiciones ineludibles para enfrentar la acechanza del colectivismo y de la dictadura proveniente del Este. El ultraliberalismo, proclamado por Hayek como evangelio intransigente (y consentido por Aron, Michael Polanyi, Salvador de Madariaga), expresó una orientación conservadora y elitista; manifestó un rotundo rechazo hacia las tendencias keynesianas y la construcción del *Welfare State*, en la que estaban empeñados laboristas, socialdemócratas y ciertos pensadores del catolicismo progresista. Según esta *cofradía*, la expansión de las políticas públicas auguraba un turbio porvenir; de igual modo las nacionalizaciones, regulaciones y subvenciones. El ascendente poder sindical conspiraba contra la rentabilidad capitalista, el crecimiento económico y aún contra las libertades individuales. Acendradamente economicista, el ultraliberalismo denunciaba al intervencionismo estatal de los años de posguerra como una *amenaza totalitaria*, como un deslizamiento colectivista que acechaba a Occidente. En las instancias fundacionales de construcción de un

consenso anticomunista con amplias bases sociales y aquiescencia sindical, las proclamas de los *peregrinos del mercado abierto* navegaron entre las costas ripiosas del rechazo y la indiferencia.